

## LAS VETAS DEL PASADO

### ENTREVISTA CON YEHUDA AMIJÁI

*Yehuda Amijái, el mayor poeta israelí de nuestro tiempo, del que la Editorial Vuelta acaba de publicar un volumen de Poemas escogidos, vive en un hermoso barrio en las afueras de la ciudad vieja de Jerusalem. Su casa mira a una de las antiguas murallas tras de la cual se dibujan pinos centenarios. La luz metálica inunda el valle y enciende una*

*por una las pequeñas casas de piedra. "Dios es el director de luces en este teatro", observa Amijái. Yo recuerdo entonces que Alejandro Rossi llamó a Jerusalem "espacio teológico". Aquí la sensación de lo sobrenatural se vuelve natural. La conversación transcurre una tarde de invierno.*

**E**NRIQUE KRAUZE: LA política en Israel es una segunda naturaleza. O una primera. Me ha dicho usted que es una suerte de "existencialismo judío" del que los escritores no pueden sustraerse.

Yehuda Amijái: Así es. Uno no puede no tomar parte en la política. Dependemos de la política. Todo aquí es cuestión de guerra y paz, vida y muerte. Todo es crucial. Cada problema. Lo que ha pasado en este país durante cincuenta o sesenta años, desde que yo recuerdo, es equiparable digamos a lo que ocurrió en los Estados Unidos durante doscientos años. Aquí la historia se ha comprimido. Casi podría decirse que vine a Israel en el Mayflower, viví la Guerra de Independencia con Washington, los siguientes episodios históricos y... sigo vivo. Se trata de una experiencia rica pero también terrible. Por todo esto no hay un escritor que no sea político en el sentido profundo de la palabra.

E.K. Háblenos de su llegada en el Mayflower y sus guerras.

Y.A. Nací en 1924 en Alemania. Llegué en 1935 a Palestina. No tuve problema alguno con el idioma hebreo porque había asistido a una escuela judía. A los 18 años me enlisté como voluntario en una unidad judía del ejército británico. Allí duré 3 años. Más tarde me ocupé de la inmigración ilegal proveniente de países árabes (Egipto, Irak) y al fin en 1947, cuando empezó la guerra, me incorporé al ejército judío (Haganah). Dos años más tarde comencé a establecer mi propia paz: me casé, inicié mi trabajo académico. Intervine en dos guerras subsecuentes, la del '56 y la del '73. En '67 llegué demasiado tarde: estaba dando clases en Estados Unidos.

E.K. La victoria fulminante del '67 se volvió una victoria amarga.

Y.A. Amarga, sí, porque no supimos cómo manejarla. Si en ese instante hubiésemos dialogado con los palestinos y si los asentamientos de las sectas radicales del Gush Emunim no se hubiesen iniciado la historia quizá sería diferente. La política de los asentamientos no sólo ha sido estúpida sino peligrosa. Para empezar no son nada parecido a un *kibutz* ni operan como tal. Son sólo movimientos religiosos y políticos semienloquecidos y reprobables. Por otra parte, no creo que debamos regresar todo el territorio. No tenemos obligación moral con los árabes. Yo no siento culpa con los árabes

por una razón: en cuatro guerras han tratado de aniquilarnos. ¿Por qué habría de sentir culpa? Con todo, estoy convencido de que debemos dialogar y llegar a un arreglo, a un compromiso. Vivimos una situación imposible. Ningún pueblo debe mandar sobre otro. Habría que discutir eventualmente una solución: una entidad confederada, por ejemplo, pero sin ejército. Plena autonomía e independencia en los lugares donde viven, pero sin ejército.

E.K. ¿Y Jerusalem?

Y.A. Para Jerusalem cabría pensar en una solución vaticana. Esto y más es posible pero ahora parece difícil. Por un lado, creo que los árabes no quieren la paz. Por otro, son la gente que tenemos cerca, que vive junto a nosotros. Es preciso hablar con ellos. No hay otro camino. Aun las personas en la derecha han llegado a esa conclusión. En la violencia no hay salida. El arreglo es difícil pero se puede. Vea lo que está ocurriendo en Europa del Este. Es increíble. Día a día. ¿Por qué nosotros no podemos iniciar una dinámica similar. Tenemos las cartas necesarias. Siendo cuidadosos podríamos lograrlo.

E.K. ¿Qué encuentra usted en el fondo de la querrela entre judíos y árabes?

Y.A. Creo que tiene orígenes diversos, cercanos y remotos, políticos e históricos. Para mí cuenta mucho una raíz: tradicionalmente, los judíos han sido los golpeados, castigados y ahora es la primera vez en la historia en que esto no es así. Los propios judíos tienen dificultades para verse a sí mismos en ese papel. No hace mucho un famoso actor judío de Hollywood vino a Israel y sostuvo que ser judío es ser débil y estar con los débiles. Por eso la nueva situación fluye a contracorriente de la historia. A la gente le gusta escribir elegías sobre los pobres judíos que una y otra vez son sacrificados. Yo prefiero no escribir ni vivir elegías. Por eso mis ideas políticas me separan de la derecha y de la izquierda. A la derecha le disgusta porque favorezco el diálogo, creo en la posibilidad de un compromiso y pruebo los asentamientos. La izquierda no me quiere porque no siento culpas con los árabes. Estas son mis ideas, pero créame que no son sólo mías: mucha gente en Israel piensa así.

E.K. La mezcla de política con religión ha sido un terrible detonante a través de la historia y por lo visto, a pesar de los milagros de 1989 en Europa y Rusia, lo seguirá siendo. Vea usted a Irlanda, a Irán y al Medio Oriente.

Y.A. Así es. Por nuestra parte, somos un estado moderno y un estado arcaico, una democracia plena y orden legal que proviene de la Edad Media. Piense en las leyes sobre matrimonios y divorcios. Es una situación extraña. La veo como un gran peligro.

E.K. La literatura israelí ¿participa de una religiosidad peculiar?

Y.A. No lo creo. En Israel la literatura es secular, se escriben poemas y novelas como en cualquier otra parte. Mi caso personal es distinto. Yo crecí en un hogar ortodoxo y armonioso y posteriormente rompí con la religión. Por eso puede decirse que me beneficié de ambas corrientes. Siento la presencia de lo antiguo y lo moderno. No es que lo piense sino que está en mi lenguaje, es parte de mi yo orgánico.

E.K. La memoria del Holocausto sigue siendo un tema que desvela las noches judías en el mundo. ¿Tuvo o tiene una marca especial en su vida o su literatura?

Y.A. Nosotros vinimos mucho antes. Fuimos afortunados. Toda nuestra familia se salvó. Yo supe lo que ocurría, leí sobre ello, pero no veo la presencia central de ese hecho en mi poesía. Recuerdo un fenómeno curioso que ocurrió en Israel después del Holocausto. Las familias de refugiados que se salvaron y llegaron querían sentirse más israelíes que los israelíes: adoptaron nuevos nombres, vivieron en los kibutzim. La memoria del Holocausto se bloqueó. Pero las generaciones pasan y paulatinamente aquel recuerdo vuelve de nuevo.

E.K. El presente incierto y cercado convoca al pasado. Es horrible sentir tanta presencia de la muerte.

Y.A. Antes que la muerte en el Holocausto nos asaltaba la muerte en esta tierra. Durante la guerra del 48 murió el 2% de la población judía. Casi todos se conocían. Teníamos que vivir el duelo de nuestra propia muerte. Cuando llegaron los refugiados del Holocausto la gente se burlaba de ellos: eran pálidos, débiles, debía compararlos con los rostros soleados y fuertes de los *sabras*, los nativos de Israel. El Holocausto se vivía, en suma, con un cierto rechazo. Ahora vuelve. Creo que el juicio de Eichmann fue un punto nodal. Conocíamos las cifras y los hechos, pero de pronto tuvimos a los protagonistas de carne y hueso, aquel hombre, los testigos. Fue un suceso traumático para todos los que crecimos aquí.

E.K. ¿Cuál es, en definitiva, la presencia real, actual, de ese pasado?

Y.A. Es muy grande y no lo es. Ante el Holocausto hemos vivido una experiencia psicoanalítica colectiva: se escribe tanto sobre ello que se trivializa, se neutraliza de tan hablado y articulado, se asimila, se vuelve parte del sistema vital, se vuelve una institución.

E.K. Y casi un negocio.

Y.A. Así es. Lo único que falta es que se fabriquen sudaderas.

E.K. Dígame, Yehuda, ¿cuánta memoria pueden cargar sobre sus hombros las personas, cuantas vetas del pasado pueden arrastrar consigo los países, los pueblos?

Y.A. En Jerusalem vivimos como en una arqueología vital. Se necesita un analista para salir de ella. Jerusalem es una ciu-

dad en busca de un psicoanalista. Por otra parte, todo mundo habla de esto, el pasado pesa pero al mismo tiempo está en la superficie. Siempre es así: ambas tendencias son necesarias. Con todo, quizá la carga del pasado es excesiva. Es curioso. Hay dos pueblos que quisieran olvidar: los alemanes y los judíos. No pueden.

E.K. Quizá ahora podrían ayudarse. Pero volvamos al presente, a la vitalidad de la literatura, por ejemplo.

Y.A. Se producen muchísimos libros, se lee muchísimo. Se traduce todo. La gente en Israel lee mucha más poesía que en Europa o los Estados Unidos

E.K. ¿Cómo explica esto?

Y.A. Creo que los poemas son como breves plegarias. Las plegarias que uno necesita, que puede uno llevar consigo.

E.K. De nuevo las vetas del pasado.

Y.A. En el lenguaje las vetas son muy fuertes y vivas. Las vetas históricas y religiosas en el lenguaje son tan intensas que quien escribe en hebreo forma parte de ellas. Aunque fue un idioma confinado a la ortodoxia religiosa por varios siglos, casi por milenios, la fuerza del lenguaje existía aunque no se notaba. Es como vivir en Jerusalem. Las vetas del pasado están allí, lo rodean todo. Así ocurrió con el lenguaje.

E.K. Esta energía histórica del hebreo es quizá el mayor milagro en esta tierra de milagros. Falta otro: el de la paz.



Andrómeda